

ese día nada á Ricardo; de reprenderle severamente por su incorrecto comportamiento, y de no acceder á la solicitud de su novio hasta que cambiase de conducta. El ingeniero esperó en vano la contestación y al fin, cansado y mohino, se alejó para arrojarse con satánico frenesí, en los inmundos cenegales del vicio

XIV

Alegre y bulliciosa anda hoy la señora de Vivanco; aproximase el 24 de Diciembre, y hásele ocurrido poner nacimiento para satisfacción de su piedad y recreo de los pedacitos de su alma, que si gritan y travesean todo el día, en cambio, llenan la casa de luz y de contento.

Prepara imágenes, juguetes y desempolva cachivaches: el niño Jesús está precioso con su rizado cabello, sonriente rostro y ojos grandes de luenga pestaña. ¡Qué bien hecho! Las tres imágenes que forman la sagrada familia, las había comprado en León, ciudad industrial por excelencia; pero no tenía reyes. ¿Qué iba á hacer sin los tres magos, parte principal del nacimiento?

Quizás, aunque fuesen de barro, los

conseguiría en la Calle Nueva, ó tal vez alguna de sus amigas se los prestaría. Estaba la graciosa Paquita pegando algunos monitos descabezados por las destructoras manos de Bebesito, cuando entraron de rondón Julia y Chole.

—¡Paquita, Paquita! venimos á saludarte, gritaron desde el zaguán.

—Pasen, pasen; estoy aquí traginando.

Paquita dejó sobre la mesa un arriero de barro, de admirable parecido con el modelo, al que pegaba la mitad del ancho sombrero, y salió á recibir á sus amigas, á quienes saludó con tronantes besos en las mejillas, que fueron correspondidos por aquéllas.

—Julia me invitó á dar una vuelta, dijo Chole, pasamos por tu casa...

—Y ¿cómo pasar sin llegar? añadió Julia completando la frase.

—Bien hecho.

—Pero ¿qué haces?

—Arreglar los juguetes para el nacimiento.

—¡Ah, qué bueno!

—Y harás muñuelos y nos convidarás.

—Por supuesto. Y lo que es para hacerlos aseguro á ustedes que en Zacatecas nadie me va en zaga.

Julia y Chole miráronse y comprendiéronse.

Aquellos ojos habían murmurado de Paquita.

¡Vanidosa! habíanle dicho. Y en la murmuración había verdad; creíase Paquita sin competidora en la confección de ciertas especialidades culinarias, y lo cierto era que sabía hacer algo, pero menos, mucho menos de lo que ella presumía.

—Siéntense ustedes. Me han sorprendido y me han encontrado en una traza, que me da pena, dijo Paquita, alizándose con la diestra la despeinada cabeza. Pero tiene una tanto que hacer en casa. Vamos, ¿qué saben de nuevo? añadió sentándose cerca de sus amigas.

—¡Nada sabes tú! dijo Julia fingiendo sorpresa.

—Nada, ¿de qué?

—Si hasta lo gritan por las calles

—Pero, ¿qué?

—Que Ricardo, el novio de tu prima, se embriagó, armó una bronca fenomenal en la casa de una actriz alegre, y le llevaron á la cárcel, donde pasó la noche; aseguran que, á no haber mediado la influencia de Don Manuel de Avendaño, consignan al escandaloso al Juzgado en turno del ramo penal.

—Yo ya le he dicho á Eva, añadió Chole, que le dé su pasaporte al ingenierito.

Una muchacha tan guapa y tan buena como Eva, merece otra cosa. ¡Vaya si la merece!

—¡Claro! repuso Julia.

Paquita oía azorada á sus amigas.

—Y yo ya conocía á esa actriz, pues también se la llevaron á la cárcel, murmuró Chole. Estaba por casualidad en el balcón, cuando la ví pasar. Y si vieras, Paquita, es muy hermosa y muy joven, y ¡qué bien viste!

Chole mentía, pues no fué casual su salida al balcón, sino con deliberado propósito acechó á la actriz para conocerla, y una hora larga soportó pacientemente el viento que en aquella mañana era bastante frío.

—¡Válgame Dios! clamó Paquita, ¡qué vergüenza para la familia! Es necesario que mi tía Tula y mi tío Don Juan lo sepan todo, absolutamente todo.

—Precisamente por eso te lo referimos dijo Julia. ¿Qué se diría de Eva si sigue en relaciones con Ricardo?

—A eso hemos venido, agregó Chole.

En esto si decía verdad la joven, pues desde la hora y punto que supieron el acontecimiento, desesperaban por la ansia de referirlo; ya lo habían contado hasta á las conocidas. Como el poeta halla placer en impresionar á los espectadores

con efectos dramáticos, Julia y Chole gozaban con el efecto producido por aquella grave noticia, especialmente en las personas á quienes hería. Gustosas la hubieran comunicado á Doña Tula, á Don Juan y á la misma Eva, en tono, por supuesto, de jeremiaca lamentación, pero recargando el cuadro de vivos colores, y aun echando uno que otro paletazo por cuenta propia.

—¡Lástima de muchacho! dijo Julia después de permanecer un rato pensativa.

—Vámonos exclamó Chole, pues tengo muchísimo que hacer.

—Quédense hoy conmigo, me ayudarán á poner el nacimiento. Creo que mi tía, Eva y Consuelo vendrán esta tarde.

—No le he avisado á mamá, contestó Julia, manifestando vivo deseo de acceder á la invitación de su amiga.

—Le mandaré un recado.

—¿Qué dices, Chole? interrogó Julia

—Ah, de buena gana me quedaría; pero, es imposible, tengo tarea en casa, respondió Chole contrariada, pues sentía sobremedida no participar del banquete que á la murmuración iba á proporcionar Ricardo.

—Pues yo sí me quedo.

—Bien, adiós.

Y Chole se despidió de sus amigas con otro par de besos.

—Me platicarás todo después, dijo Julia al oído.

—Sí, todo, todo.

Paquita y Julia acompañaron á Chole hasta la puerta del zaguán sin interrumpir ni un momento la conversación. Tres veces se repitió la misma despedida y otras tantas la recomendación de Chole á Julia; todavía aquella desde la mitad de la calle dirigió á sus amigas el último saludo, volviendo la faz risueña, levantando la abierta diestra á la altura de los ojos y agitando los dedos con donaire.

Volviéronse á la sala Paquita y Julia, y ésta, después de una argentina carcajada, dijo á aquella:

—Está Chole que rabia de curiosidad.

—¿De curiosidad?

—Sí, de saber el efecto que á Eva causará la noticia de lo que aconteció á Ricardo.

—¡Vaya una simple! murmuró mohina Paquita.

—Así es Chole, muy simple, y toda se vuelve nervios. A mí me da grima cuando la miro en la calle dar esos pasitos tan estudiados, que parece que va marchando, y luego la afectación con que se recoge la falda y el fingido garbo con que mueve

el cuerpo. Nada de lo que no les natural cae bien. Ya me ves á mí, procuró en todas mis acciones la mayor naturalidad posible.

Paquita sonrió: aquella sonrisa era una sátira comprendida que vengaba á Chole.

—No creas, dijo Paquita á Julia, cuando entraron de nuevo á la sala, que vamos á tener un día de holgorio, hay muchísimo que hacer: mira cómo está hoy la sala. En efecto, se la había despojado de gran parte de los muebles, y las mesas, traídas de otras piezas, estaban llenas de cachivaches y de todo género de juguetes: aquí unos angelitos, las dos terceras partes de los cuales tenían las alas rotas ó algún otro desperfecto; allá, soldaditos de barro, de plomo y de hojalata; acullá, una magnífica colección de muñecos de barro de Guadalajara, copia fiel de los originales; en un ángulo de la sala, un montón de heno fresco y musgo, y en otro, brillantes piedrecillas de minas. La cabecera de la sala estaba ya, de uno á otro extremo, cubierta con mesas, y en el techo, pendientes de hilos, y en líneas paralelas, ondas de papel pintarrajeadas de azul, plomo, y espumoso blanco, simulando el cielo y las nubes; á la derecha, reclinado en el ángulo de las paredes, elevábase un montón de piedras; era la montaña, á la

que sólo faltaba vestirla de follaje y plantarle árboles.

—Trae el heno, Julia, dijo Paquita, verás cuán lindo cerro voy á formar.

Tomó Julia un cesto que hinchó de heno y dióselo á Paquita, quien, encaramada en una escalera de mano, tomaba el heno puño por puño, sacudialo é iba cubriendo con él las desnudas piedras, faena que terminó en unos cuantos momentos. Al pie de la montaña abría su ancha y obscura boca una cueva, y en el centro de aquélla colocó Paquita un ermitaño de luenga y cana barba y de puntiagudo capuchón, apoyábase en un báculo y portaba pendiente de la cintura, grueso rosario que remataba en una enorme cruz. Coronaba la cumbre del cerro un crestón de vistosas piedras de mina artísticamente formado.

—Trae la iglesita, dijo Paquita, allí está en aquella mesa. Como la montaña que más conocía tenía templo en la cima, el del nacimiento, tendríalo también. Colocó, pues, la iglesita de cartón de dos altas torres, que no guardaban proporción con la única baja nave del pequeño templo; retiróse un poco para contemplar la perspectiva, y después de algunos cambios de lugar, exclamó satisfecha:

—¡Magnífico! A uno y otro lado de la única puerta del templo colocó arbolitos

de papel encerado, y de trecho en trecho, en la falda de la montaña, maguelles y nopales. Un pastor subía la montaña con borregos y cabras de distintos tamaños y aun había entre aquellos, un borregote de la misma estatura del pastor.

—Traeme ahora la arena y el vidrio, Julia.

Llevó la joven lo que le pedía la señora de Viivanco; ésta, apartando el heno de un tramo de la mesa, lo cubrió de arena; de trecho en trecho, colocó conchitas y diminutos caracoles, puso el vidrio sobre la arena, y ocultó con musgo los bordes, en los cuales, aquí y allá, elevábanse árboles de distintos tamaños; una barquilla de pescadores, á vela desplegada, surcaba el lago, y patos y garzas nadaban en la superficie.

En el otro extremo no se puso montaña, pero con un gran espejo, improvisóse un mar con góndolas y navíos, entre los que descollaba un buque de guerra que Gustavo había comprado á Bebesito en la capital de la República; la pared de junto al mar estaba cubierta de ondas de papel azul orladas de bermellón, y abajo, como saliendo del océano, medio disco del sol, de rayos amarillos y rojos, unos rectos y otros culebreando.

—Falta luz á ese cuadro, dijo Julia.

—Es imposible pintar la luz del sol respondió Paquita; pero ya verás cuando esté iluminado el nacimiento y la luz refleje en el espejo, ¡qué precioso se va á ver!

En la costa de aquel mar había animales de todos los climas, tipos humanos de todas las razas y las más variadas escenas; osos blancos, tigres, elefantes, dromedarios, orangutanes, etc.; tipos indígenas, europeos, criollos; muñecos de cera, de barro, de porcelana, de trapo, y hasta de papel cuidadosamente recortados de la "Moda Elegante." Allí estaba el rancharo mexicano jineteando en un toro bravo, asido á dos manos del pretal, apretando las piernas, sosteniendo el equilibrio, pegado al lomo de la fiera, que cabriolaba espumajeando enfurecida. Era una verdadera obra de arte de Tonalá, Estado de Jalisco. No era menos bella y artística una india de subido color trigueño, chata nariz y gruesos labios, que en franela roja de cenefa blanca, escotada camisa y grueso collar de cuentas de vidrio verde al cuello, hincada y con el metate al frente, molía la suave masa, de la cual tenía ya á la izquierda, en blancas bolas, llena una batea, y á la derecha la olla del nixtamal. Ambas manos asían la del metate, y volvía risueña la faz hacia un hombre de la plebe, que con el ancho

sombrero caído hacia atrás y elevado desde la mitad de la cabeza, desabrochado el cuello de la camisa, y arrastrando por el suelo la faja carmesí del semicaído calzón, empujaba con avidez una botella.

En el centro de la mesa colocóse el Paraíso, que no presentaba la prodigiosa fecundidad del verdadero, pues sólo tenía un árbol, el famoso árbol del bien y del mal, que no era ni manzano ni higuera, sino naranjo, y con unas naranjas muy grandes y rojas; en el tronco se enredaba la histórica serpiente, causa de nuestras inmensas desventuras, que ofrecía en la abierta boca el fatal fruto á nuestros primeros padres, que por su debilidad estaban bien representados en figuritas de cera. Y aunque cuando aconteció aquella trascendental caída de Adán y Eva, no había soldados ni cosa que á ellos se pareciese, cerca del Paraíso, desfilaban en columna de honor los soldados de Bebesito con todos sus equipos, y hasta con sus cañones, y al otro lado del Edén surgía una plaza de toros hecha de popotes y cera campeche, obra maestra de Gustavo, según él decía á sus hijos, construída en ratos por espacio de muchas noches, en que los niños, alledados, contemplaban aquella maravilla y soñaban con los redondeles, al grado que en una ocasión que Bebesito

durmió con papá, despertó á éste el toque de clarín que el niño dió al oído del padre, y la estocada que entre sueños plantó á Gustavo tomándole por toro. En aquella obra maestra del Sr. Vivanco, los toros no cabían por la puerta del coso, pero con ayuda de Bebé saltaban por encima de la plaza y se presentaban en el redondel, donde les esperaba impertérrita la cuadrilla de muñecos de barro.

En el centro del nacimiento elevóse otra montaña, más alta que la colocada en uno de lo extremos; tenía su túnel, del cual iba saliendo un ferrocarril, y al pie de aquélla extendíase una ciudad de casitas de papel. Un león, un tigre, y una pantera estaban muy cerca de un baile campesino, sin que los bailadores temblaran de pavor y sin que las fieras hicieran maldito el caso de aquellos alegres campesinos. En la cumbre de la montaña, que por excepción formaba gradería, se colocó el histórico portal, objeto que desde su niñez conservaba Paquita, y de tiempo en tiempo le daba una "mano de gato," para que luciera en el nacimiento.

Todos los prismas del candil de la sala fueron apresuradamente descolgados por Paquita y Julia y puestos con la mayor posible simetría en la cornisa del portaliño; sobre el arco del centro, un angelito

nubio como Consuelo, con las alas semiabiertas, como si en ese momento acabase de bajar del cielo, sostenía en los abiertos brazos un rotulón en forma de ese en el cual en áureas letras se leía: "Gloria in excelsis Deo." En todos los arcos colocaron querubines con las alas extendidas, pendientes de hilos de plata, y al menor movimiento se balanceaban y parecían volar sobre aquel pesebre, cuna de todas las dichas, redención de todos los males, triunfo y gloria verdaderos y perennes.

La Virgen y San José estaban ya en sus puestos, y echados cerca del pesebre el buey y la mula, sólo faltaban los reyes magos, que debían de colocarse á distancia del portalito y avanzar todos los días hasta llegar á él el seis de Enero.

Paquita estaba inquieta por la falta de los regios viajeros, pero proponíase conseguirlos á todo trance, y si necesario era, encargarlos á México por el "express." Candelas de cristal, esferas de brillantes colores y otros varios diminutos adornos, fueron ordenada y graciosamente colocados dentro del portal. En un abrir y cerrar de ojos fué hecha por Paquita la estrella que debía guiar á los magos: era de papel de estaño; los picos no salieron perfectamente iguales y el tamaño era relativamente colosal. Fué prendida entre

las nubes que estaban sobre el portal, con gran alborozo de las jóvenes que la contemplaban isonrientes. Formaron, por último, algunas escenas bíblicas, entre otras, la degollación de los inocentes, y colocaron cerca de ella á Sansón y Dalila, ésta era más alta y robusta que aquél. El conjunto del nacimiento era soberbio, según el parecer de Paquita y Julia, digno de tomarse en cuenta. Fatigadas, jadeantes, sentáronse las jóvenes frente á su obra y mirábanla complacidas.

—Ve por los niños á casa de mi tía, gritó Paquita á la criada. ¡qué sorpresa van á llevar! Nosotras, entre tanto, nevaremos el nacimiento.

—¿Qué no están en el Colegio Teresiano? interrogó Julia.

—Sí, pero se hallan en vacaciones.

Preparó Paquita brea derretida al fuego en una cazuela, tomó un carrete de hilo y dió otro á Julia: mojábanlos en la brea y luego llevándolos á la boca, soplaban como para hacer pompas de jabón, y la espumosa brea caía en plateados hilos sobre el heno, el musgo y las mil figuritas que adornaban el nacimiento. En esta tarea las encontraron los niños, que á toda carrera y pidiendo á gritos de comer entraron á la sala. Bebesillo sudando y con la cachucha en la mano, y Mimí arro-

jando el sombrero sobre una silla. El aturdimiento de los niños paralizóse de improviso y quedaronse boquiabiertos al contemplar aquel primor de nacimiento.

—¡Qué bonito! gritaban entusiasmados, mientras Paquita devoraba á besos á sus hijos.

 XVI

Muy de madrugada, abrigado con sobre todo color de avellana, pantalón y sombrero negros, guantes del color del abrigo y bastón de plateado puño, salió de su casa don Manuel de Avendaño con dirección á la casa de Ricardo. El magno escándalo dado por éste había sido de fatales consecuencias; á la media noche fué llevado á la cárcel y de ella salió al amanecer del siguiente día, gracias á la influencia de D. Manuel. Ricardo fué á la casa de la actriz con un improvisado amigo de parranda, de quien no tenía ningunos antecedentes; el tal amigo pendió con las frecuentes libaciones alcohólicas, la poca discreción que podía suponérsele—si es que alguna tenía—y dirigió á Ricardo groseras alusiones y chistes picantes que excitaron la ira del joven ingeniero; colmó la medida

una galantería que el provocador amigo dirigió á la actriz, galantería que Ricardo juzgó ofensiva, y á las palabras siguieron las obras; hubo mojicones y aun empuñaron pistolas las ofensivas manos de los contendientes; pero la actriz se interpuso entre ambos y mientras con desafiados gritos llamaba á los gendarmes, contuvo á los rijosos, no sin recibir algunos golpes, que como no fueron en el rostro, no mostraban ninguna señal. Conducidos todos á la cárcel y calmados ya los ánimos, negaron que hubiese habido riña, y sólo fueron condenados por la autoridad política á treinta días de arresto. A instancias de Don Manuel, el Jefe Político conmutó á Ricardo en multa el arresto. Tales fueron los hechos; pero para el público habían sido mucho más graves, pues los que andaban siempre á caza de interesantes noticias, añadían algo al suceso, hasta desfigurarle completamente.

Cuando don Juan del Río y su familia fueron enterados por Julia y Paquita de todo lo acaecido, ya tenían vaga noticia del escándalo. Eva era dócil y sus indignados padres no necesitaron esforzarse para persuadirla á que dejase para siempre unas relaciones que la conducían á su desdicha cierta.; pero más que la docilidad de carácter y el amor y respeto filia-

les, influyó en el ánimo de la fogosa joven la honda herida hecha á su dignidad y á su cariño. Parecióle en la exaltación de la ira que la falta de Ricardo le había arrancado de un sólo golpe aquel afecto de profundas raíces, mantenido por un genio ardiente y poetizado por las ilusiones de la juventud. Así es que, sin ninguna vacilación, escribió á su novio la siguiente carta:

“Ricardo:

Tu conducta ha matado mi cariño y quedas desde hoy desligado de tu compromiso. Cuando me veas feliz con un hombre de bien, piensa que era para tí esa felicidad, de la que te hiciste indigno. Adiós para siempre.”

No podía la ofendida niña haber dicho más á Ricardo. El último pensamiento, sobre todo, era un rayo vengador. ¡Cuán cierto es que la elocuencia es natural aliada de las pasiones!

Mortal fué el efecto que tal carta produjo en el corazón de Ricardo; ante su dolor, que parecióle infinito, olvidó por un momento la venganza del escándalo, la eterna pena de su buena fama perdida y la humillación de que se hubiesen despe-

dido de la importante negociación minera donde trabajaba.

Don Manuel, hombre de mundo, previó el estado en que se encontraba Ricardo, y el que antaño jamás se preocupó por la ajena ventura, hogaño va solícito á consolar al triste.

El joven ingeniero vivía con su hermana Luisa, de la que era único sostén; ésta quería le entrañablemente, no sólo porque era su hermano, sino además porque era muy bueno con ella. Lamentaba en silencio las frecuentes caídas de Ricardo, á pesar de los esfuerzos de éste para ocultarlas, no se escapaban á la perspicacia de su hermana. La aflicción de Luisa llegó á su colmo cuando supo los acontecimientos que acabamos de narrar; pero lejos de reprochar á su hermano aquella falta de trascendentales consecuencias, guardó discreto silencio y se esmeró empeñosamente en aumentar su ternura y atención para con su hermano. Tal proceder se lo inspiraba, no sólo su buen corazón, sino su discreción y talento. Comprendió como por intuición, que aquel era el camino más corto y más seguro para obtener la enmienda de Ricardo. Este tampoco dijo á su hermana nada de lo que le había acontecido; pero el tristísimo rostro de

ésta y sus fraternales finezas, eran dardos que le herían en la mitad del alma.

Ricardo estaba solo en su cuarto, pues en aquellos momentos no toleraba la presencia de nadie; las reflexiones acerca de los pasados acontecimientos ahondaban su dolor hasta causarle desesperación.

—Todo lo he perdido, se dijo, no soy en el mundo un estorbo, sino una verdadera calamidad. A las fieras se les enjaula, á los criminales se les aherroja ó se les manda al cadalso, á mí... ¡ay! á mí se me ha dado una pena mayor: la muerte social. De los hombres honrados tendré el desprecio ó una compasión humillante, porque será siempre suspicaz y desconfiada; de los malos tendré la degradante congratulación: soy de los suyos y se regocijarán de contarme entre sus procélitos; pero, sobre todo, de Eva tendré la indiferencia, el olvido, peores aún que su mismo odio, porque éste al fin, se ceba en su víctima, es pasión á la que responder puede también la pasión, mas la indiferencia, es frío eterno, muerte perpetua.

Aquella pena era la mayor que Ricardo había sufrido en su vida, y lo que más le atormentaba era pensar que su infortunio no provenía, ni de malevolencia de los hombres, ni de imprevistos acontecimientos, ni de inevitables desgracias, sino de

él, exclusivamente de él, de su voluntad enferma y de sus no domadas pasiones. Herido por tales pensamientos, miró la pistola que estaba sobre el escritorio, dibujóse en los labios del joven siniestra sonrisa y el crimen relampagueó en su mirada. En esos momentos entró don Manuel de Avendaño y quedóse contemplándole sin siquiera saludarle. Don Manuel había visto en la descompuesta faz de Ricardo, el infierno que ardía en su alma, y leído el criminal pensamiento que le inundaba la desesperación. Recordó que no hacía mucho tiempo que él se hallaba en parecidos tormentos, y tuvo compasión, inmensa compasión de aquel desventurado joven.

Fijó Ricardo la vista en aquellos penetrantes ojos grises que le contemplaban cubiertos de lágrimas.

—¿Qué tiene usted, don Manuel? dijo Ricardo, trocando por un momento su dolor en sorpresa.

—¿Qué tengo? Ha caído en mi corazón una gota del dolor que mata á usted y me ha arrancado lágrimas. ¡Ya juzgará usted si le comprendo!

—Pero, ¿quién le ha dicho?...

—Lo sé todo, absolutamente todo: que le han despedido á usted de la negociación minera; que Eva ha contado sus relacio-

nes con usted... y sé más, mucho más: que en estos momentos le asaltó á usted la idea del suicidio.

Ricardo oía sin pestañear al señor de Avendaño; éste dejó que á la sorpresa siguiese la reflexión, y después de un rato de silencio, dijo con solemnidad:

—He venido á curar las heridas de su alma, con el bálsamo de la esperanza.

Fué entonces Ricardo quien lloró y dijo entre sollozos:

—¡Ah, don Manuel, esto es imposible!

—Todo es posible, repuso con energía el señor de Avendaño, mientras haya un soplo de vida en nuestro corazón.

En seguida, en pocas palabras, pero con exactitud y vivísimos colores, refirió á Ricardo el tremendo episodio de una vida que estuvo á punto de terminar con el mayor de los crímenes.

—¡Quiera Dios, dijo al concluir, que sea yo para usted lo que para mí fué Consuelo!

Ricardo se emocionó hondamente y don Manuel apareció ante sus ojos como un héroe legendario.

—Pero usted, díjole después de un rato, no tenía mujer amada que perder.

—Pero tenía hastío, veneno más activo que el desengaño. Aún es usted joven y puede, en cuanto es posible en este mun-

do, hallar la dicha que ha perdido. La he encontrado yo, el más egoísta de los hombres; y no la había de hallar usted?

Las palabras de don Manuel eran, en efecto, bálsamo para el dolor de Ricardo; le hacía bien llorar y siguió llorando.

—¿Qué hago? dijo Ricardo después que hubo desahogádose á su satisfacción, mientras don Manuel, pensativo, daba vueltas en el cuarto.

—En primer lugar no salir, por ahora, de su casa; le da á usted vergüenza que le vean y esa vergüenza es justificada; en segundo lugar, no volver nunca á la casa de esa actriz, quizá más desgraciada que culpable. Créame usted, amigo, pues por mi boca habla hoy la experiencia: si no es fácil hallar esposa infiel, es difícil, muy difícil, encontrar concubina fiel.

—Mas sin destino, sin estimación, sin ella... murmuró Ricardo desalentado.

—En mis libros se abre á usted desde hoy cuenta corriente, repuso don Manuel, mientras le doy empleo mejor que el que ha perdido; la estimación se recobra con la buena conducta. En cuanto á Eva, no pierda usted la esperanza; ha obrado como obrar debía; pero yo he visto en sus ojos el amor de su alma, y ese amor, es de usted, únicamente de usted.

Nada de lo que el señor de Avendaño

había dicho á Ricardo le alentó tanto como las últimas palabras de aquél.

—¡ Ah, gritó conmovido, viviré, sí, viviré para ella; me regeneraré para ella! Don Manuel, es usted mi Providencia. Y sollozando de nuevo, se precipitó en los brazos del señor de Avendaño.

XVI

Pasado el momento de tremenda ira parecióle á Eva que había sido demasiado dura con Ricardo. Pensó que tal vez el escándalo no tuvo la magnitud que se le atribuía. ¡ La gente exagera tanto! Quizá el pobrecito ni siquiera supo lo que hizo, y paga hoy faltas inconscientes ó que le atribuyó la calumnia.

Aquella compasión no sólo era hija de la natural misericordia en los corazones buenos, sino también del amor, pues Eva amaba aún á Ricardo. Comprendiólo la tierna niña, y como de mal pensamiento, huyó de aquel abismo escondido en su alma. Esperaré, se dijo, si me ama, se regenerará, y volverá á mí regenerado, y la heroica resignación sostenida por la esperanza, calmó mucho los sufrimientos de la enamorada joven.

Consuelo, entre tanto, candorosa y amante, no llegó á comprender en qué consistía la falta de Ricardo, aunque oyó referir los sucesos. Para ella el ofendido joven Ingeniero había hecho muy bien en castigar á su ofensor; las historias relatadas ni las entendía ni quería entenderlas, probablemente eran calumnias de la envidia. ¡ Era Ricardo tan guapo! Supo también que Eva había roto las relaciones con su novio; ella misma le enseñó la carta. ¡ Qué maldad la mía! pensó la niña: me he alegrado mucho.

Hundida en sus pensamientos estaba la angelical rubia, sentada en un sillón de su recámara, frente al balcón abierto de par en par. Contemplaba el cielo que teñían de púrpura los esplendores de un hermoso crepúsculo vespertino. Parecíale que en la luz crepuscular palpataba un misterioso espíritu; hallaba poesía hasta en la árida colina de la Bufa y en el monótono grito de los tordos, que en bandadas descendían sobre los árboles del Jardín Hidalgo, buscando en las escuetas copas nocturno aibergue. De repente, como si el ángel de la ilusión hubiera besado la frente pura de aquel rostro en que se aunaban en interesante armonía la belleza sajona y la hispanoamericana, semicerráronse los ojos de Consuelo, azules luceros de hondo mi

rar y luz de alba, donde enamorado fervido buscaba César una chispa de cariño. Y la niña soñó despierta, y ¡qué sueño tan hermoso! Vió en su exaltada imaginación á Ricardo que ofendido por la carta de Eva, poco á poco se apartaba de ésta hasta trocarse el amor en indiferencia. De improviso el joven volvía la faz hacia ella, clavábanse en los suyos los ojos de aquél, y una onda de inefable emoción inundaba los corazones de ambos. Ricardo la había comprendido, Ricardo la quería. Oyó el rumor de lentos y trémulos pasos, la respiración precipitada por las emociones; sintió el aliento suave y cálido de su amado, y la presión con que la ancha y venosa mano de éste estrechaba la de ella, y pausadas, dulces, inefables, salieron de la boca del joven estas palabras: Te amo.

Consuelo dió un grito de placer y volvió en sí de aquel éxtasis. Había soñado, sí; pero ¿por qué no había de realizarse aquel sueño?

Levantóse y salió al balcón para recibir aire, pues el fuego del corazón se comunicaba al cuerpo; estaba ardiente, acalorada. Estoy enferma, se dijo, estoy enferma. ¡Si también matará el amor! Y fatigada dejóse caer de nuevo en su asiento para seguir soñando.

Entre tanto, en el empedrado de la calle

resonaron, primero, fuentes y acompasados, después, apagándose gradualmente, á medida que se alejaban, los golpes de las herradas pezuñas del caballo que en airoso trote paseaba al perseverante César, que habíase empeñado en la conquista de la rubia, cuyos desdenes exasperaban al rendido galán y trocaban en hoguera la chispa que había brotado en su corazón.

Consuelo, ensimismada, no se fijó en el joven, quien al salir aquélla al balcón, tiró de la rienda al noble bruto, y mientras éste cabriolaba arrogante, César tendía al aire el galoneado sombrero saludando á la niña. El enamorado galán supuso que su saludo había sido contestado, pues la tarde llegaba ya al lindero de la noche, y aunque se destacaba todavía la gentil figura de la huérfana, no se veían con claridad los movimientos del rostro. Casi al mismo tiempo, Angelito ruborizado, saludaba á Eva desde la cera de en frente, y grave y circunspecto, siguió andando sin voltear el rostro hacia el balcón hasta que llegó á la esquina, donde antes de voltear la calle, se detuvo un momento, miró de lejos á Eva, exhaló un suspiro y continuó su marcha.

Eva siguió con la vista á Angelito. El sí me quiere, pensó, de verdad me quie-

re, se lo conozco. ¡Fuera Ricardo tan bueno como él! A mí no me repugna Angelito, hasta me inspira confianza, y le agradezco mucho que me quiera, pero ser yo su esposa, ¡ah, no, jamás! no le amo, ni creo que pueda amarle.

Quedóse Eva un rato pensativa, sonrióse de repente con maligna sonrisa: había pasado por su mente el pensamiento de corresponder al amor de Angelito, y en tal pensamiento deteníase con morosa delectación. Parecíale que tal correspondencia sería justo castigo de las perfidias de Ricardo; que sería también incentivo para que volviera hacia ella amante y regenerado, y aquella niña de corazón tan bueno elegía para víctima de sus anhelos, á un hombre de bien, que la quería con toda su alma. Mas aquel pensamiento que por algunos instantes tocó con sus invisibles alas, la frente de Eva, huyó precipitadamente al sentir la joven la luz de dos ojos negros. ¡Ah, no; exclamó, pobre Ricardo, si no le olvido, si no podría olvidarle aunque quisiera!

XVII

Angelito en la trastienda de su casa de comercio de abarrotes, conversaba familiarmente con César; los jóvenes habían intimado una amistad que anteriormente sólo era superficial. Eva y Consuelo fueron el lazo de aquella unión, pues pretendientes de dos hermanas, no tardaron aquéllos en comunicarse sus ilusiones y sus desengaños. Angelito, preocupado con la conversación, no vigila hoy con el esmero de siempre á sus dependientes, y sólo de vez en cuando se asoma á la tienda, y echa una rápida ojeada. Es verdad que sus empleados son muchachos muy listos, mucho más de lo que el timorato joven necesitaba que fuesen, pues no había podido quitarles los artificios que empleaban para pesar las mercancías, de modo que se vendieran siempre mermadas, la costumbre de elegir con admirable discreción á los compradores cándidos que consumiesen las invendibles, ó que recibiesen entre el cambio la moneda falsa, que en la animación de la venta se escapaba á la sagaz mirada de los dependientes, y éstos separaban en un cajoncito para darle oportunamente salida. Sea dicho en honra y gloria de Angelito, que él no autori-